

Tu nombre  
con tinta  
de café

FERNANDO MARTÍNEZ LÓPEZ

XXXIII PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

algaida



Un jurado presidido por Reyes Monforte y compuesto por Antonio Barrantes Lozano, María de las Cruces González, Marisol Ortiz de Zárate, Beatriz Olivenza Bernardo, Isabel Román Román y Serafín Portillo Mordillo otorgó a la novela *Tu nombre con tinta de café*, de Fernando Martínez López, el XXXIII Premio de Novela Felipe Trigo, que fue convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena.

Primera edición: 2015

© Fernando Martínez López, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9067-158-0

Depósito legal: SE-1920-2014

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Conso, Fernan y Mario, como siempre.  
A mis padres y hermanos.*



# ÍNDICE

Prólogo.....	11
--------------	----

## PRIMERA PARTE

1 .....	17
2 .....	31
3 .....	41
4 .....	51
5 .....	63
6 .....	77
7 .....	91
8 .....	101
9 .....	109
10 .....	125
11 .....	145
12 .....	155
13 .....	165

14	177
15	193
16	207
17	217
18	231
19	247
20	263

#### SEGUNDA PARTE

21	281
22	291
23	303
24	315
25	327

Epílogo	339
---------	-----

Agradecimientos	345
-----------------	-----

## PRÓLOGO

**L**E HABÍAN HABLADO DE *LA MÁQUINA*, PERO HASTA QUE no la vio no pudo hacerse una idea de cómo algo tan insignificante y simple podía llegar a ser tan siniestro. Los hierros abrazaban la estaca hincada en la tarima. Debajo, la silla donde consumiría los últimos minutos de su vida. No pudo evitar que la vista se le quedara pegada en el instrumento que iba a matarlo, como si no hubiera nada más en aquel recinto oscuro de aire malsano donde cristalizaba el desprecio. Sólo el capellán de Carabanchel le mostraba compasión, el hombre que había pasado con él las últimas ocho horas instándole a una oración que en ningún momento le vino ni a los labios ni al recuerdo sencillamente porque nunca la aprendió. Él prefirió apartar la Biblia de su lado y ampararse durante las fugaces horas de la noche en otro libro, el único que le posibilitaba el consuelo, lo único que Guzmán, por algún motivo desconocido, le había permitido poseer durante el escaso tiempo de prisión.

Se le acercó el verdugo. Él lo había imaginado fornido, rayando la brutalidad, y ahora se topaba con un hom-

bre magro de mirada hueca que sería el encargado de girar con rotundidad la manivela que le comprimiría el cuello y le seccionaría la columna a la altura de las cervicales. Se preguntó, buceando en los ojos del verdugo, eliminado por completo el pudor gracias a la inminencia de la muerte, qué pensamientos cruzarían por aquel individuo, qué lúgubres circunstancias habrían esculpido su vida para aceptar ejecutar a garrote. Por un momento no se sintió el más desdichado en la sala.

—Procedamos —dijo el inspector Guzmán.

Los dos policías que le escoltaban le presionaron suavemente los hombros y el verdugo se apartó para dejarle paso libre. A pesar de las esposas, de la fatalidad del momento, mantuvo el porte y ese andar flotante, como si fuera viento, que le caracterizaba. Por dentro era pulpa triturada. La silla lo acogió con la dureza de la piedra, la espalda se adhirió al poste, en la nuca sintió el escalofriante tacto del bulbo de hierro. Con gesto mecánico, el verdugo cerró en torno a su cuello las dos lunetas del garrote, encajó el pasador y le ciñó una correa al pecho. Tuvieron que quitarle las esposas para anudarle las manos tras la estaca de madera; en ningún momento soltó el libro. Quedó inmobilizado, el cabello espeso y sucio pegado a la frente, las manos apresadas, y sobre todo el libro, trincado con fuerza. El detalle no le pasó por alto a Guzmán. Se le colocó enfrente en dos pasos eclipsando la luz de la bombilla.

—Será mejor que me lo des.

Lo pidió casi como un favor, para que no cayera al suelo una vez que le crujieran el cuello, pero a él no le en-



gañaba su tono melifluo, sus hechuras de hombre bondadoso, él sabía leer en los ojos y descifrar las intenciones ocultas. Había algo que estremecía en las pupilas viperinas del inspector.

—Deseo tenerlo hasta el final.

Guzmán desdibujó un segundo el rostro. Si por él fuera ya haría tiempo que estaría criando malvas evitando así aquella empachosa liturgia de la muerte, pero bueno, ya sólo quedaba el asalto final para borrar a aquel indeseable. La mirada gélida del abogado le reconvino a retroceder hasta su sitio.

—Venga, nos estamos retrasando —dijo Guzmán.

El verdugo tomó la iniciativa. Le colocó la capucha negra, se situó tras el poste y apresó con determinación la manivela. Dos vueltas, dos, eran la medida exacta para truncar una vida.

—Relájate. Será más rápido —le susurró al oído dejando un aliento intenso a coñac barato.

Pero él no pudo relajarse, le resultó imposible a pesar de que se dijo que no nacemos sino para morir, que la vida a veces se convierte en una enfermedad cuyo remedio sólo sobreviene con el fin, malditos argumentos que en nada le consolaron porque él sí había encontrado el sentido de su existencia. Aumentó la presión sobre el libro, casi hundiendo los dedos en las pastas, y quiso que su último pensamiento fuera para ella, solamente para ella.



# PRIMERA PARTE



SABÍA QUE NO ESTABA BIEN VISTA SU PRESENCIA, EL hecho de que una mujer sola frecuentara una de las mesas del café, pero había terminado por habituarse de tal manera a las miradas soslayadas que resbalaban por su piel sin dejarle secuelas. La tía Carmen le preguntaba a menudo cuál era el verdadero motivo por el que, al salir de la facultad, indefectiblemente tomaba el tranvía desde la Ciudad Universitaria hasta Moncloa, trataba en autobús y terminaba conduciendo sus pasos hasta el viejo Gijón. Algo especial tenía aquel antro, quizá su atmósfera añeja, la calidez de sus maderas, las cabriolas humeantes del tabaco, el sabor y aroma de su café; todo eso estaba bien, sí, pero no era lo principal, claro que no. Allí podía sacar su cuaderno y rasguear a bolígrafo sus hojas en blanco vistiéndolas de poesía o breves narraciones, pero eso también podía hacerlo, con mayor quietud, en el recogimiento de su casa, como le decía la tía Carmen.

—¿Desea algo más, señorita?

Al camarero parecía escocerle que tomara el café con leche con la parsimonia con que el sol evapora el agua de un charco. Había algunas mesas libres, ¿qué más le daba?

—No, muchas gracias.

También el desabrido camarero podía ser motivo para que su presencia en el café Gijón mermara, y sin embargo le resbalaba tanto como las miradas desaprobatorias. El caso es que la primera vez que lo visitó, que sacó su libreta y comenzó a escribir junto a uno de los ventanales, sintió el suave erizar de su vello. Tuvo la sensación de ser Beethoven en Viena o Stendhal en Florencia, de haberse ubicado certeramente en el mundo. Ella sabía bien por qué acudía al Gijón: allí se respiraba aire literario, le alcanzaban como oleadas las voces altisonantes de la tertulia, aunque fuera tan ajena a ella como las conversaciones de los mayores lo son para los niños. Ella se retraía en su mesa sin atreverse apenas a levantar su mirada azul del papel, observando de refilón el perfil de ánade de Fernán Gómez, el gesto petulante de Cela o la veteranía de González-Ruano, inundándose de conversaciones apasionadas que desgranaban los entresijos literarios, y cuando aquel caudal de verborrea cesaba, su bolígrafo parecía contagiarse de la misma pasión que los contertulios, le brotaban las ideas como flores de primavera y una fina caligrafía sembraba las páginas desnudas. Sin embargo, sus poemas y relatos eran un ejercicio intimista que no sobrepasaba la frontera de su cuaderno a diferencia de las obras de los literatos que allí se congregaban, nombres afianzados en la escena cultural española por los que sentía admiración. Todo lo más, sólo la tía Carmen gozaba del salvoconducto

que le permitía viajar por los territorios inexplorados de sus escritos.

El tiempo cambiaba de naturaleza en el café Gijón, se frenaba como una rueda sobre la arena, el café se hacía eterno y el camarero de bigote engominado agriaba la cara cada vez que pasaba junto a ella, una mujer sin compañía en el café, ¿qué tipo de educación le habrán dado sus padres?, apurando las horas cuando ya debería encontrarse en casa; aquí cualquiera entra y ya se cree escritor. No obstante, llegaba un momento en que el tiempo despertaba y la avisaba de que era la hora del regreso, de dejar Recoletos para adentrarse en el barrio de Chamberí y desembarcar finalmente en Fuencarral: tres plantas subidas casi al galope, una puerta de altura incomprensible y el familiar roce de la llave en la cerradura.

—Blanca, querida, se te va a enfriar la sopa.

La tía Carmen era una sonrisa andante. Blanca la abrazó sin poder abarcar la enormidad de aquel cuerpo. Luego besó dos carrillos blandos como cojines.

—Perdona, ya sabes lo que me pasa en el Gijón.

—¿El día bien?

—Bien, sí. Hoy me ha cundido con la tesis.

Colgó el bolso en la percha de la entrada, recorrió un pasillo angosto y kilométrico, una primera parada para arrojar su cuaderno y los libros sobre la cama, una segunda para lavarse las manos y la tercera en la cocina al fondo, empapándose del aroma de la sopa de calabacín. La tía Carmen ya empuñaba la espumadera para freír un par de huevos encebollados, el aceite que desprendía fumarolas y unos hilos invisibles que ensalivaban la boca de Blanca.

Sobre la mesa, acompañando la sopa verdosa y el pan, un ejemplar del *ABC* que la tía Carmen solía servirle a modo de aperitivo, el mismo que ella ya había revisado minuciosamente a lo largo de un día que se le hacía demasiado largo y tedioso. Lo desplegó con crepitar de hojas y le mostró una portada con las obras de la Gran Vía y, escondidas en las entrañas de las páginas interiores, noticias como la asistencia de la esposa del Generalísimo a la misa del patrón del Cuerpo General de Policía, el ataque anarquista al consulado español en Ginebra o el anuncio de la actuación de la genial Lola Flores en el teatro Calderón. De forma instintiva, retrocedió las páginas hasta donde se mostraba la fotografía del edificio del consulado. ¿Quiénes serían esos anarquistas que en la lejanía atentaban contra la soberanía española? ¿Qué tipo de ilusos pretendían eliminar todo vestigio de gobierno y jerarquía? La voz poderosa de la tía Carmen la sacó del ensimismamiento, el timbre afectado que utilizaba cuando declamaba.

—¡Tía! ¡Por lo menos espera a que termine de cenar!

Recitaba sus últimos poemas, calentitos, recién horneados en una pequeña mesa del café literario más famoso de España, un ejercicio que a ella misma se le antojaba modesto en comparación con el de los grandes autores que también lo frecuentaban; dos mundos aparte, ellos y ella, pero una misma pasión. La tía Carmen iba pasillo arriba pasillo abajo entonando con tal potencia que hasta los vecinos debían de ser testigos involuntarios de sus últimos versos. Luego, mientras Blanca fregaba los platos, la



tía calló. Cuando volvió a encontrarla se hallaba en su sillón de orejas, bajo la luz vaporosa de la lamparita de pie. Blanca se acomodó en el sofá del salón, observando los ojos comprimidos de Carmen, el húmedo rímel de lágrimas que comenzó a perfilar sus pestañas.

—¡Qué bonito es esto, niña! Cómo les habría gustado a tus padres ver lo bien que escribes.

Blanca esbozó una sonrisa triste, inspirando profundamente. Su tía acababa de leer la parte final de su poema *Encuentro a medianoche*. Llevaba una semana esperando a que lo concluyera.

—Esto no puede quedar así —continuó Carmen, levantándose pesadamente del sillón y paseando su carnosidad por la sala—, esto hay que publicarlo, ¡vaya que sí!

—¿Pero qué dices, tía? ¿Le has dado al anís?

—¿Qué anís ni qué leches? Lo que escribes es muy bueno, Blanca. —Se dirigió hacia los anaqueles atestados de la *boiserie* y buscó un libro de un vistazo ágil—. Mira, éste lo leí ya ni me acuerdo, uno de mis favoritos, uno de esos libros que te dejan una huella imborrable. Te aseguro que no es mejor que lo que tú escribes. No te creas, llevo tiempo dándole vueltas al asunto.

—Pero tía...

—Que sí, que sé lo que me digo. Tú has nacido con un don especial, eres capaz de hacer magia con las palabras, acariciar los corazones con lo que escribes. Que sólo yo pueda leerlo sería egoísta. ¡Mañana mismo comienzo a recorrerme las editoriales de Madrid para que te vayan conociendo!

—Sí, claro, les entregas mis libretas de anillas.

Carmen detuvo en seco su ímpetu arrollador, petrificada en el centro geométrico del salón.

—Bueno, así no, no es forma de presentarlo. Tú no te preocupes, que yo me encargo de pasarlo a limpio.

—¿A mano?

—Claro.

—En el supuesto remoto de que te hiciera caso, no sería la forma más conveniente. Lo suyo sería pasarlo a máquina.

Blanca sonreía para sus adentros, consciente de que el conocimiento que tenía su tía de una máquina de escribir se reducía a los anuncios del periódico y poco más. Esperaba que el obstáculo la obligara a deshacerse de su singular idea. Carmen seguía plantada, una mano acariciando el mentón y la otra bajo el codo, la mente engranando sus ocultos mecanismos.

—La hija de Puri —dijo.

—¿Cómo?

—La hija de Puri, niña. Hizo el curso de mecanografía. Mañana hablo con ella y le pregunto cuánto me cobra por pasar a máquina tus poemas.

—Venga, tía. ¿No pretenderás encima que nos gaste mos el dinero? Pero si a mí me da igual, de verdad.

Carmen cogió el cuaderno de su sobrina. Fijó atentamente la vista en él, luego en Blanca, y luego otra vez en el cuaderno. Finalmente, sus labios se doblaron mostrando su sonrisa de nieve.

—No se hable más —dijo.

Al día siguiente, por la tarde, Carmen se mostraba satisfecha escuchando el lenguaje cadencioso de las teclas

que el patio interior transmitía procedente de la casa de su vecina Puri. Mantuvo el ánimo en alto días después, cuando comenzó su peregrinaje por algunas de las editoriales de la capital, a pesar de las suspicaces preguntas acerca del currículo literario de Blanca Darnell, cuando invariablemente ella respondía: «En sus manos está que pueda iniciarlo». Ensalzaba la obra de Blanca tanto que a los empleados de las editoriales les surgían arrugas en la frente, la sospecha de una devoción exacerbada de la tía por su sobrina. «Estamos saturados», decían amablemente algunos, «imposible en estos momentos»; otros decían lo mismo pero sin asomo de amabilidad, fastidiados de que una entusiasta de la literatura familiar les robara su tiempo.

—Al menos he conseguido que una me haga caso —le contaba su tía esa noche, desmenuzando a medias la semiesfera de una ensaladilla rusa—. Dicen que en un par de meses contestarán. En otras editoriales, nada.

—Quizá no sea la forma habitual de solicitarlo, presentarse por las buenas como un huracán y, conociéndote, poniéndome por las nubes. Los habrás asustado.

—Calla, anda. ¿Qué sabrás tú de cómo tratar a la gente? Tú, que te quedas cortada hasta cuando te miras en el espejo.

—¿De qué editorial se trata?

—Se llama Versos.

La ensaladilla se extinguió sin que Blanca escuchara el resto de la cháchara de la tía Carmen. Por su cabeza había comenzado una danza que se prolongó durante horas mientras rotaba en la cama imposibilitada de conciliar el sueño. Danzaban sus poemas bajo la batuta del director

Versos. Se imaginaba una immaculada portada con un título aún por descubrir y firmada por Blanca Darnell. Cuando sonó el despertador aún podía escuchar los dulces compases de la música, incluso se amalgamaron con el traqueteo del tranvía, el *pe-pe* como decían los estudiantes, al atravesar el puente sobre la avenida de los Reyes Católicos camino de la Facultad de Filosofía y Letras, allí donde consumía las jornadas con su tesis doctoral aguardando el momento de acercarse al viejo Gijón. Se dejó embriagar por el dulce sopor cuando desembocó en la amplia explanada con Letras a un lado y Derecho al otro, cuando recorría los espaciosos pasillos hasta el despacho compartido que el gran Dámaso Alonso, su director de tesis, le había asignado. Ni siquiera a él se había atrevido a mostrarle sus escritos, convencida de que le provocarían una sonrisa condescendiente; incluso ocultó con premura su cuaderno aquella tarde en que el veterano profesor y poeta la sorprendió en el Gijón. Entonces, si carecía de confianza en sí misma, ¿por qué se sentía como mecida por las olas ante la posibilidad de ver publicada su obra, una vocación nacida de su voracidad por los libros, una imaginación desbordante y una sensibilidad de seda?

Conforme transcurrían los días comenzó a convenirse de la inutilidad del empeño, de que el profuso optimismo de la tía Carmen no aseguraba la materialización del deseo: su tía habría pensado que el *Titanic* era capaz de evitar el naufragio incluso cuando hubiera comenzado a hundir su proa en el mar helado. El buzón antes ignorado se convirtió en objetivo prioritario cuando los dos meses impuestos de plazo ya bordeaban su fin, incluso a sabien-

das de que su tía ya le habría echado un vistazo cuando ella regresaba en la tarde después de su apetecido paso por el Gijón. Días sin correspondencia, otros muchos con cartas anodinas, ninguna de ellas que llevara estampado en su remite Editorial Versos.

—No les ha gustado, tía —le decía una noche recostada en el sofá, su melena cobriza desparramada sobre el pijama de raso—. ¿A quién le va a interesar lo que escribo?

—Pamplinas. Sé distinguir la buena literatura. A ver qué te crees que pintan todos esos libros en la *boiserie*, si piensas que son simples adornos. Si no me he leído todos, cinco o seis me faltarán, no más; entretenimiento de una solterona, hija.

Cuando Carmen se calificaba de solterona lo dejaba caer como una gracia que destilaba, en el fondo, sutiles vapores de melancolía que no se le escapaban a su sobrina. Aquel novio, su único novio, que murió recién iniciada la guerra, se había convertido en un recuerdo al que se aferraba como un paraíso perdido después de que a lo largo del camino no apareciera ni un solo pretendiente más. Pensó qué habría sido de su tía de no haberle quedado en renta la herencia familiar, lo suficiente para sobrevivir el resto de su vida. Pensó qué habría sido de ella misma de no haber tenido el cariño y la generosidad de su tía después de que sus padres fallecieran en aquel accidente. Se levantó del sofá, se sentó en un brazo del sillón de orejas y besó cariñosamente el cabello de Carmen.

—Mañana mismo me acerco a la editorial a ver qué pasa.

—¡Ni se te ocurra! —protestó Blanca—. Si tienen que contestar algo, ya lo dirán. Prométeme que no lo harás.

Carmen la miró con los ojos entornados y no dijo ni sí ni no. Un ligero temblor estremeció a Blanca, un aviso del posible terremoto que podía desencadenarse cuando su tía se obstinaba en algo. De todos modos, no hizo falta ninguna visita, porque el detonante de los acontecimientos prendió por un lugar insospechado.

La lluvia desdibujaba las imágenes a través de las cristaleras del café Gijón: coches inmersos en la tarde cenicienta, transeúntes bajo paraguas oscuros. ¿Cuánto llevaba sin acercarse al local? ¿Dos semanas? Lo cierto era que la ansiedad había arrinconado la inspiración, y era ahora, cuando la evidencia la retornaba a la realidad, cuando volvió a sentir la necesidad de buscar abrigo en el cálido café, pertrecharse en una mesa de mármol bolígrafo en ristre y plasmar en el cuaderno lo que aquellos días habían significado en su estado de ánimo. Dentro bullían las conversaciones de literatos, periodistas, cineastas y actores que *hacían la barra* en aquel escaparate de oportunidades. También había fauna ajena a las artes y los camareros convertidos en hábiles danzarines y malabaristas de bandeja; en el ambiente, mucho humo de cigarrillo. Ése era el Gijón que ella amaba, el entorno ruidoso, ameno y entrañable en el que, curiosamente, conseguía aislarse con mayor eficacia que en el más absoluto de los silencios. Esa tarde incluso tuvo la suerte de que no le sirviera el estirado camarero de bigote engominado.

Entre verso y verso, Blanca Darnell elevaba la mirada al techo buscando la musicalidad de las siguientes pa-

labras, conformando su tez pálida y su mirada desenfocada la misma estampa beatífica de algunas santas en los cuadros. A pesar del embelesamiento, no se escaparon del límite de su campo de visión las ojeadas que aquel tipo le dedicaba, más pendiente de ella que de la encendida charla que en aquellos momentos animaba su grupo. Llegó un momento en que perdió toda posibilidad de concentrarse; decidió sorber un poco más de café y desviar la vista hacia la calle húmeda. El reflejo en los cristales le mostró al hombre mirándola con descaro, creyéndose a salvo de ser sorprendido. Luego los cristales le mostraron algo más, cómo él se levantaba y se dirigía con paso decidido hacia su mesa. Notó que el pulso se le aceleraba, aunque en ningún momento dejó de fingir interés por lo que ocurría en las aceras.

—Buenas tardes, perdone que la moleste. ¿Es usted la señorita Blanca Darnell?

¿Quién era ese individuo que la llamaba por su nombre? El giro de cabeza fue como un bandazo. Frente a ella se mostraba un hombre maduro de aspecto agradable, atildado y de sonrisa franca. El cigarrillo en la mano le imprimía un aire varonil.

—Sí —contestó con una simple sílaba de voz trémula.

—Permítame que me presente: me llamo Joaquín Alberola. Mi nombre quizá no le diga nada. Le aclararé que dirijo la editorial Versos. ¿Puedo sentarme? Me gustaría hablar un momento con usted.

El corazón de Blanca era un redoble de tambor. Se sintió tan confusa como recién despertada de un sueño, o quizá era ahora cuando en realidad estaba soñando.

—La he reconocido por la foto —continuó Joaquín Alberola, tomando asiento antes de que ella le diera su consentimiento.

—¿Foto?

—Sí, la que adjuntó a sus datos cuando entregó su obra en mi editorial.

No tenía ni idea de que la tía Carmen hubiera hecho eso. Ya hablaría con ella cuando regresara a casa. ¿Qué foto habría cogido?

—Cuando vi su fotografía me resultó familiar, pero no conseguí asociar su rostro. Ha sido esta tarde cuando he comprendido que se trataba de la misma persona que a veces veo escribiendo en una mesa del Gijón.

—Dígame, ¿ha leído mi manuscrito?

—Por supuesto, señorita Darnell. Ayer tarde, sin ir más lejos. Lo leí de un tirón, y no porque no tuviera otra cosa que hacer, sino porque cuando empecé fui incapaz de dejarlo. Hacía tiempo que no me topaba con un trabajo de tanta calidad.

A Blanca se le escapó una sonrisa boba, complacida ante el halago. También pensó que debía de parecer idiota, porque no se le ocurrió nada que decir.

—Con esto, señorita Darnell, ¿o prefiere que la llame Blanca?, quiero decirle que la editorial Versos estaría muy interesada en publicar su obra, si a usted le parece bien, claro. —Ante la mudez de Blanca, Joaquín Alberola continuó—. No sé si tendrá ofertas de otras editoriales...

—¡No!

—¿No? ¿Que no le interesa mi propuesta o que no tiene otras ofertas?



—No, no. No tengo otras ofertas. De hecho, la suya es la única editorial donde entregué el manuscrito, o mejor dicho, lo hizo mi tía. En otras ni siquiera se molestaron en echarle un vistazo.

—Pues no saben el error que han cometido.

El silencio se introdujo unos segundos en la conversación. Joaquín Alberola hizo refulgir el cigarrillo de una profunda calada mientras escrutaba el rostro de Blanca, la colección de pecas en su piel tersa y clara, el intenso azul de sus ojos, la cabellera abundante y rojiza que semejaba la caída de una catarata por los hombros. No le extrañaba su particular aspecto: ya sabía, por su currículum, que había nacido en Brighton, en Inglaterra. A ella, por su parte, le costaba despegar la vista de su taza de café; la cucharilla agitaba continuamente un azúcar que hacía tiempo se encontraba disuelto.

—Pocas veces he leído una poesía que muestre de manera tan descarnada el dolor, los aspectos oscuros de la condición humana, y que simultáneamente sea tan vitalista, como una especie de redención que se transforma en búsqueda de la esperanza. Me ha encantado, Blanca.

—Me va a hacer sonrojar.

—Nada me apetecería más. A buen seguro que le sentaría estupendamente. —Alberola giró la cabeza y contempló al grupo de amigos que había abandonado. Uno de ellos le guiñó un ojo—. Bueno, no quiero molestarla más. Dígame si le interesa mi propuesta. En caso afirmativo, estaría encantado de recibirla en mi despacho para mostrarle las condiciones del contrato.

—¿Que si me interesa? ¡Por supuesto que sí!

—¿Le parece bien mañana, sobre esta hora, en la editorial? Allí la espero.

No aguardó su respuesta, la dio por hecha. Se levantó, le estrechó la mano mostrándole una sonrisa impecable y regresó a su mesa, donde miradas intrigadas le interrogaban desde hacía tiempo. Por su parte, Blanca Darnell fue incapaz de volver a escribir esa tarde; tampoco apuró con parsimonia su café, cuyos restos quedaron olvidados sobre la mesa mientras se apresuraba hacia la calle de Fuencarral para darle a la tía Carmen las buenas nuevas.